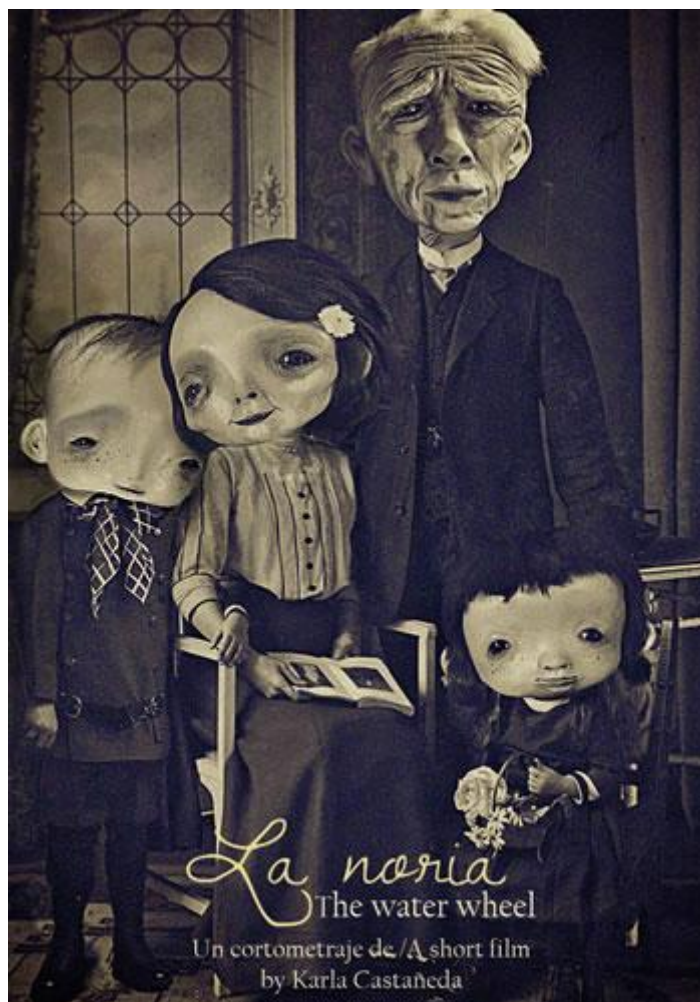


La noria o el poder de la tristeza

Escrito por: Annemarie Meier



Al ver *La noria* (Karla Castañeda, 2012) por primera vez en el pasado Festival Internacional de Cine de Guadalajara quedé realmente emocionada. También sentí la necesidad de volver a ver el cortometraje para reconocer su complejidad que va más allá del relato, el significado y la estética de *Jacinta* (2008), el primer corto en stop motion de la directora. *La noria* se ha exhibido en unos cuarenta festivales de todo el mundo, ha ganado importantes premios y me ha confirmado que su complejidad necesita —y merece— no sólo uno sino varios visionados y una profundización en el análisis de sus elementos narrativos y estéticos que llevan a una lectura rica en descubrimientos simbólicos, culturales e intertextuales.



La familia

Con música fúnebre de tambora aparece sobre un fondo de listones bordados en color sepia, la imagen de una mujer, un hombre y dos niños. La cámara se aleja y descubrimos que se trata de una foto de familia colgada en la pared. El sonido del agua nos lleva a un río que corre por una pequeña localidad. La rueda de una noria gira lentamente. Es de noche, las fachadas de las casas lucen enigmáticas. La cámara se acerca a una ventana iluminada y se empiezan a oír llantos y sollozos. En un ataúd adornado de flores está el cuerpo de un pequeño niño. La manita de otro niño se acerca al rostro del muerto, lo roza y le da unas palmaditas como para despertarlo. Un bebé empieza a llorar.



Velorio

Desolados, la mujer y el hombre de la foto miran el cuerpo del niño muerto. Las manos del hombre se crispan, sus articulaciones truenan mientras que una mariposa revolotea alrededor de una bombilla y en el río un pez salta fuera del agua. En un gesto de desesperación el hombre lleva las manos a la cara. Cuando la levanta descubre que el tiempo se detuvo y que la mariposa quedó suspendida en el aire al lado de la bombilla. La toma con la mano y la guarda en su pequeño morral. Sale a la calle y observa que el río ya no fluye: La rueda de la noria se ha detenido y el pez quedó como suspendido en el aire. El hombre empieza a caminar y descubre el tronco de un árbol con globos en los que yacen pequeños personajes. Están unidos al árbol con una especie de cordones y se mecen en el aire. El hombre jala la cuerda de uno de los globos y se acerca al niño en su interior. En un “diálogo” de miradas y gestos entre el padre y el hijo nace la resignación. De regreso en la casa y frente al ataúd el hombre empieza a llorar. Sus lágrimas caen al piso, fluyen entre las duelas, se reúnen con otros hilos de agua, fluyen hacia el río y se mezclan con su agua. En este momento el mundo vuelve a ponerse en movimiento.

Para empezar a desglosar algunos elementos de la película, tuve que describir La noria con bastantes detalles puesto que una breve sinopsis no serviría para analizar el discurso complejo y cargado de símbolos. Decir que es “la historia de un personaje en duelo que pasa por un proceso de aceptación de la muerte”, se ajusta a un gran número de películas, entre largo y cortometrajes, que, sin embargo, no concentran la experiencia de la muerte de un ser querido y la materialización de una emoción y expresión de tristeza como lo logra el corto La noria. Es cierto, en primera instancia La noria narra una historia sobre la vida y la muerte. Pero lo que logra transmitir el corto a través de las posibilidades inherentes a la animación, es no sólo una historia y un tema sino una manera de experimentar la vida e interpretar el mundo y la naturaleza a través del tiempo y el movimiento.



La muerte, los elementos y la cultura mexicana

La noria narra una historia de muerte y duelo. Y, sin embargo, son más las imágenes que remiten a la vida que las que describen o profundizan en el tema de la muerte. El aire en el que revolotea la mariposa, el agua que mueve la noria, alberga al pez y brota de los ojos del hombre triste, son elementos que dan vida al igual que la tierra de la que sale el tronco con globos en los que yacen los pequeños seres que no han sido liberados por la muerte. De los cuatro elementos sólo falta el fuego pero en su lugar tenemos quizás el movimiento, expresión vital ligada al tiempo. Así fluye el agua, revolotea la mariposa, gira la rueda de la noria, salta el pez, roza la mano la carita del muerto, cae la lágrima, camina el niño de la bicicleta y se aleja volando el globo con el alma del muerto. Cuando la muerte detiene el corazón de un ser, la vida se detiene, no sólo para el muerto sino también para los seres que están unidos a él.

El aire y el agua son los dos elementos y polos entre los que transcurren la historia y las acciones de la película. Están estrechamente relacionados y se nutren mutuamente. Lo que el aire es para la mariposa, el agua lo es para el pez. Los personajes humanos que describe el filme, se nutren de los dos elementos pero también necesitan de la tierra. De la tierra sale el árbol de cuyo tronco se alimentan los pequeños personajes como si estos estuvieran protegidos por una matriz y conectados a la tierra con un cordón umbilical. A su vez el agua que corre por el pueblo y mueve las ruedas de la noria se nutre de las lágrimas de tristeza del ser humano.

Agua, aire, norias, muerte y duelo también son elementos narrativos en uno de los Sueños (Dreams, 1990) de Akira Kurosawa. El cortometraje Pueblo de norias (Village of the Windmills) con el que Kurosawa cierra su colección de sueños, termina con un cortejo fúnebre con una banda de música, canto y baile, que pasa al lado de un río con varias norias cuyas ruedas giran lentamente con el fluir del agua. Es una imagen de cuento de hadas con un paisaje paradisiaco, árboles, agua, pastos, flores y un viejo sabio que ama y vive de la naturaleza. El cortejo fúnebre con el que un pueblo lleva a enterrar a una mujer de casi cien años, es el clímax del relato. El diálogo entre el anciano y un joven se concentra en la importancia de las tradiciones, la conservación de la naturaleza y la alegría de la vida y la muerte. A pesar de los elementos narrativos que une Pueblo de norias con La noria de Karla Castañeda, el tema y el mensaje son totalmente diferentes. El filme de Kurosawa es una especie de alegoría ecológica y metafísica de filosofía oriental —o panteísta— que entiende la vida y la muerte como parte de la misma naturaleza. En La noria podemos constatar a primera vista una influencia estética del cuento de hadas del centro de Europa que recurre al ambiente pueblerino, los ríos y norias para construir las alegorías. Por otro lado y en su esencia, el filme se nutre de la comprensión y representación de la muerte —y en consecuencia de la vida— enraizada en la cultura mexicana. El tratamiento del tema, el ritual del velorio, la descripción de los personajes y la inclusión de escenas fantásticas y surrealistas como el árbol con globos y el efecto del tiempo detenido, son profundamente mexicanos. No hay duda de que la realizadora Karla Castañeda se nutrió de los recuerdos de su niñez como los cuentos llenos de magia y sueños algunas, quizás, — ¿pesadillas?—, y de las narraciones y recuerdos del pueblo dónde la familia pasaba las vacaciones para crear la historia y estética de su filme.

La noria se creó y desarrolló a partir de las tradiciones y los rituales que la cultura mexicana ha creado alrededor de la muerte. La presencia y la representación de la muerte son elementos sumamente potentes en la cultura y el arte de México. La muerte materializada en calaveras, huesos, catrinas, altares y pan de muerto está presente desde tiempos prehispánicos en la arquitectura, la escultura, los textiles, la cerámica, la pintura, la música, el teatro, el baile y la literatura de la región. Pero también en la época contemporánea con nuevos medios y nuevas formas de expresión, la representación de la muerte caracteriza de manera importante al arte mexicano. Para el extranjero el tratamiento de la muerte en el cine, el diseño, el diseño editorial y los nuevos medios, es un sello de “lo mexicano”. Recordemos que en ¡Qué viva México! (1933) Sergei Eisenstein le dedica un episodio festivo y emotivo a las imágenes y los rituales del día de muertos. En El cadáver de la novia (2005) Tim Burton se revela como gran admirador de la cultura mexicana en el diseño de los personajes inspirados en las calacas y catrinas. No sorprende, entonces, ver en los créditos de la película un agradecimiento a René Castillo, cuyo corto de animación Hasta los huesos (2002) es uno de sus referentes.

El éxito internacional de Hasta los huesos se debe, sin duda, a la maestría con la que el corto es capaz de transmitir la representación de la muerte en el arte y la tradición mexicanos. El proceso de aceptación de la muerte por el que pasa un recién sepultado que se encuentra en un submundo de esqueletos que festejan y contagian su alegría, es narrado a través de personajes y una estética que parecen emanar de los grabados de José Guadalupe Posada. En la cantina del submundo se toca música ranchera, se baila, la catrina canta La Llorona y los asistentes brindan con mezcal y contagian al recién llegado a tomar el trago amargo. También en Rogelio (2000) de Guillermo Arriaga, el joven muerto tarda en aceptar su estatus porque “le gusta demasiado la vida”. Con humor negro el corto muestra la reacción de sus amigos y su familia quienes no están nada conformes con las repentinas apariciones del muerto. En El viejo (2005) la realizadora Paola Chaurand observa las tribulaciones de una joven pareja de campesinos que se prepara para recibir a los deudos vecinos mientras el padre moribundo se tarda en morir. En su anterior cortometraje de animación Jacinta (2008) Karla Castañeda observa el proceso de envejecimiento y muerte de una anciana que se la pasa tejiendo, primero para mantenerse activa y crear bufandas y cobertores que sirven contra el frío y finalmente para materializar su propia muerte en un tejido de muchos colores que permanece sobre su sillón.

Los cuatro cortometrajes descritos se nutren del imaginario y las tradiciones mexicanas al mismo tiempo que innovan la estética fílmica con elementos contemporáneos. Rogelio se inspira en el cine mexicano de terror; El viejo remite a la estética de los filmes de el Indio Fernández y la cinefotografía de Gabriel Figueroa; Hasta los huesos rinde homenaje a los grabados de Posada, la leyenda y canción de la Llorona mientras que Jacinta y su perspectiva femenina nos recuerda el mito griego de Penélope, quien tejió durante veinte años un sudario para esperar el regreso de su amado.

Por cierto, tanto en Hasta los huesos como en Jacinta el clímax y el desenlace proponen la aceptación de la muerte como final esperanzador. Una esperanza y reconciliación que, sin embargo, no resultan de una promesa o visión de una vida eterna como la que inspira el cristianismo, sino del reconocimiento de la muerte como proceso y fin natural de la vida. En La noria el mundo se detiene

por el dolor de la pérdida y únicamente la aceptación de la muerte del ser querido es capaz de devolverle el movimiento.

Construcción de un mundo poético y simbólico

El fondo musical y la estética visual de *La noria* nos remiten desde su título y créditos iniciales a épocas remotas con viejas fotografías —deslavadas por el tiempo—, recuerdos de infancia, cuentos y leyendas que nos contaban los abuelos. El color sepia, las texturas de los muros y pisos, las fachadas y los interiores de las casas con papel tapiz, cuadros y tapetes bordados, son testigos de otra época. Las casas del pueblo con sus fachadas distorsionadas y sus sombras, recuerdan las imágenes del expresionismo alemán. La fotografía de retratos en blanco y negro hechos en los estudios de principios del siglo XX marcan las escenas del velorio mientras que la secuencia del árbol de globos y el paisaje árido remiten a pinturas surrealistas. Los personajes son caracterizados de manera individual. Los niños tienen cabezas grandes y caritas con los ojos muy separados, el hombre es sumamente expresivo, tiene un rostro de piel arrugada, ojos transparentes, manos crispadas y una manera de caminar lenta como si la tierra lo detuviera. A contraluz su cabello blanco parece una aureola. El pez que salta en el agua del río es enorme y brilla en la luz, la mariposa iluminada por una bombilla es frágil pero llena de energía. El tronco de árbol con los globos de los personajes vivos/muertos es enigmático. En cada globo se mueve una pequeña criaturita frágil ligada al árbol a través de un cordón umbilical.





Lo que crea empatía e identificación con los personajes de aspecto extraordinario, es por un lado su expresividad y tristeza; por el otro los gestos y el sentido táctil que los relaciona con los demás personajes. Las manitas del niño que toca la carita del muerto, la mano del anciano que atrapa la mariposa y jala del cordón, la madre que estrecha al bebé que llora contra su pecho, son gestos de interrelación de los personajes que crean emoción y empatía en el espectador.

Los planos, encuadres y movimientos de cámara llevan al espectador al interior del protagonista y sus emociones. Experimentamos los sucesos a través de su percepción, no sólo observamos sino que sentimos el dolor que lo invade y provoca que se “congele” todo movimiento. Las escenas de la mariposa que se detiene en el aire y el pez que se queda suspendido entre las gotas de agua, son de los momentos más fuertes de la película. Con el tiempo suspendido el espectador redobla la atención que pone a los sucesos y siente una especie de “emoción artefacto” por la belleza de las imágenes y su significado.



La música fúnebre que se escucha al principio marca el ambiente y tono de todo el filme. Es triste y pesada pero al mismo tiempo acompaña el duelo y aligera la tristeza. Mientras que el agua y el viento consuelan, las voces de los personajes gimen, suspiran sollozan y lloran abiertamente. Son las expresiones que “hablan” y no el lenguaje verbal. Ana Ofelia Murguía e Ignacio López Tarso, dos grandes actores del cine mexicano, caracterizan con su voz y sensibilidad a los personajes y sus sentimientos.

La edición realizada por Carlos Bolado busca el centro del relato en el significado y la construcción de la relación entre la vida y la muerte. Los personajes, los animales, los elementos y los objetos se relacionan entre sí y con el espectador sin estar en función de un protagonista que lleva todas las acciones y cuyo desenlace se persigue durante todo el filme. Aparece un niño con una bicicleta, que podría ser el niño de Hasta los huesos. Frente al árbol de globos el hombre palpa su morral dónde aletea la mariposa al igual que Jacinta observaba su corazón palpitante en la mano. El filme se detiene en estos gestos simbólicos que adquieren una importancia que se trasmite al espectador.

Con gran sensibilidad los animadores Karla Castañeda y Luis Téllez crean expresiones, gestos, movimientos y efectos sorprendentes. No sólo en los personajes que adquieren vida propia sino en el movimiento del agua, el revoloteo y los choques de la mariposa contra la bombilla, la comunicación no verbal entre los personajes, las miradas y la expresión del estado de ánimo y el conflicto interior. Gracias a la calidad de la animación *La noria* tiene alma y dolor y llega al espectador con mucha potencia.



Animación viene de alma

La etimología de la palabra animación despierta controversia. Algunos diccionarios señalan la palabra latina *anima* (alma) como origen, otros comentan que puede derivar de *animus* (movimiento) o de la palabra griega para viento y soplo. Si en lugar de detenernos en la etimología de la palabra nos concentramos en la esencia de la animación como cine, simplificamos las cosas. Al ver una joya de la animación como *La noria* caemos en cuenta que la animación es quizás el cine más puro que existe, es “imagen en movimiento” creado de la nada, es alma, movimiento y soplo realizado por un animador que le da vida y significado a su creación. Curioso que los teóricos del cine no se hayan ocupado a profundidad del tema y nos sigan debiendo una —o varias— historias y teorías de la animación. No sorprende entonces, que son los mismos animadores los que reflexionan sobre su oficio y arte y proponen acercamientos teóricos para la animación. De hecho he podido constatar que la mayoría de los animadores son una especie de filósofos del arte cinematográfico, apasionados y cultos cinéfilos que se hacen preguntas y pueden hablar de la esencia del cine por horas y horas. También son excelentes maestros. Como por ejemplo el británico-canadiense Norman McLaren cuyos cientos de cortometrajes, creados entre finales de los años treinta hasta setenta, son verdaderas obras de arte y experimentos con distintos tipos de animación y relaciones entre la imagen y la banda sonora. McLaren no sólo indicó el camino para entender a fondo lo que la animación ha aportado al cine y al arte moderno, sino que también nutrió un importante movimiento de animadores en Canadá y todo el mundo. Según McLaren, en la animación “lo que pasa entre cada cuadro es más importante que lo que muestra el plano. Por lo tanto la animación es el arte de manipular las hendiduras invisibles entre los planos”. Otros realizadores que se han preguntado sobre las diferencias entre el “cine real” y la animación son los británicos Joy Batchelor y John Halas, realizadores de *Animal Farm* (1954): “Si el

trabajo del realizador de cine real es el de crear realidad física, el cine de animación se ocupa de la realidad metafísica. No muestra las cosas como son sino que muestra lo que significan”.

No hay duda de que una pequeña joya de animación como La noria no es fácil de deconstruir y analizar. Su extrema concentración, su manera de crear —y detener— un mundo alterno con el tiempo/movimiento interpretado de manera literal, invita a la detallada observación y reflexión. La profundidad y complejidad con la que aborda el tema de la vida y la muerte, despiertan una respuesta emocional que no sólo reconoce la historia sino también la forma y el tejido poético con el que está hecha.

Link al tráiler del corto :

<http://www.youtube.com/watch?v=2kjWgOI-cyA>

Ficha filmica :

CASTAÑEDA, Karla, La noria, México, 2012, 7 min.